

GUSTAVO JAMUT, OMV
DIEGO A. GONZÁLEZ RIVERA, CEMP

A TI VENGO, SEÑOR

Oraciones para crecer
espiritualmente y descansar en Dios



Jamut, Gustavo E.

A ti vengo, señor : oraciones para crecer espiritualmente y descansar en Dios / Gustavo E. Jamut ; Diego González Rivera. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Bonum, 2023.

152 p. ; 20 x 12 cm. - (Plegarias)

ISBN 978-987-667-376-1

1. Religión Católica. I. González Rivera, Diego II. Título
CDD 200

Edición: Jorge Blanco

Diseño de tapa e interiores: Silvina Álvarez

© Editorial Bonum, 2023

Av. Corrientes 6687 (C1427BPE)

Buenos Aires - Argentina

Tel.: (5411) 4554-1414

ventas@editorialbonum.com.ar

www.editorialbonum.com.ar

Queda hecho el depósito que indica la Ley 11.723

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o en cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las Leyes 11.723 y 25.446.

Impreso en Argentina

Es industria argentina

INTRODUCCIÓN

*“La oración vocal es un elemento indispensable
de la vida cristiana.*

*A los discípulos, atraídos por la oración silenciosa
de su Maestro, éste les enseña una oración vocal:
el ‘Padre Nuestro’”.*

(Catecismo de la Iglesia Católica, 2701)

Al haber sido creados todos nosotros a imagen y semejanza de Dios, Nuestro Creador ha querido dotarnos con muchos dones que de él proceden, y entre ellos uno de los más importantes es el poder de la palabra. Efectivamente, las palabras pronunciadas desde el corazón tienen poder; y por medio de nuestras palabras hechas oración, Dios puede —como a través de un puente—llegar a la vida de otras personas que están necesitando ser bendecidas, para recibir así, liberación de toda fuerza del mal, sanación interior y física y respuesta a todas aquellas necesidades cotidianas.

El hecho de que el evangelista Juan llame a Jesús “la Palabra” o también “el Verbo”, nos habla del poder creador y generador que la Palabra tiene: *“Al principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Al principio estaba junto a Dios. Todas las cosas fueron hechas por medio de la Palabra y sin ella no se hizo nada de todo*

lo que existe.” (Jn 1,1-3.). Los judíos entendían al verbo o a la palabra como algo más que un simple sonido, pues para ellos, significaba acción, vida y fuerza creadora, que realizaba lo que ella pronunciaba. Esto se puede comprobar en muchos pasajes del Antiguo Testamento, donde el Verbo de Dios era percibido como la fuerza creativa del Padre, y el poder que creó y dio luz y vida al mundo (Gn 1,3 y 11; Sal 33,6; 107,20; 147,15; entre muchos otros textos). En la actualidad hay un exceso de palabras, pero la mayoría de ellas no están en sintonía con el “Verbo” hecho carne. (cf. Jn 1,14), ya que nuestras palabras no siempre proceden del Espíritu, y en muchas ocasiones, tienen como origen la carne, en el sentido del lenguaje del Nuevo Testamento. De hecho el término “carne” (o “*sarx*” en el original griego), es la palabra habitual para designar el mismo tipo de carne o naturaleza caída y nuestra fragilidad: “Porque todo lo que hay en el mundo –los deseos de la carne, la codicia de los ojos y la ostentación de la riqueza– no viene del Padre, sino del mundo”. (1Jn 2,16). Y también puede verse Fil. 3,3 y 4; Rom. 3,20 y Gal. 2,16. La “carne” es todo cuanto proviene de la naturaleza caída del hombre, y como tal, se opone al Espíritu, quien da su propia vida y poder al hombre, le revela los misterios de Dios, tal como le sucedió a Pedro cuando proclamó que “El Maestro” era el Mesías, el Hijo de Dios, provocando la respuesta

de Jesús, quien le dijo: *“porque esto no te lo reveló nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en los cielos”*. (Mt 16,17). Por lo tanto, la oración consiste en poner el don del habla al servicio del Espíritu, dirigiéndola hacia Dios: *“el mismo Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad porque no sabemos orar como es debido; pero el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables.”* (Rom 8,26). La palabra hecha oración e insuflada por el Espíritu, es lo que más nos eleva y dignifica como hombres y mujeres creados a imagen y semejanza de Dios. El cristiano que ora es ennoblecido y transformado por la palabra hecha oración.

Igualmente la palabra es expresión de nuestro mundo interior: pensamientos, sentimientos, recuerdos, vivencias... Por eso cuando una persona está bien con Dios y consigo misma, entonces su oración puede producir cambios considerables en la propia vida y en la vida de otras personas. Así mismo, cuando tanto el estado mental como espiritual de la persona, están en sintonía con los planes de Dios y en consonancia con su voluntad, las palabras que salgan de sus labios en formas de oración, nos harán testigos de que los milagros son una realidad cotidiana en la vida del creyente.

Hemos querido preceder cada una de las oraciones con una breve reflexión, a fin de facilitar la comprensión del sentido y la dirección de cada oración, sacándole así el máximo provecho. Estas

oraciones vocales, al igual que las de otros libros anteriores –las cuales están dirigidas a fortalecer nuestra unión con Dios y a clamarle por bendición para la sanación integral de la persona–, no suplen a la oración personal, íntima y espontánea con el Señor, sino que la enriquece y complementa, a fin de que las palabras que surjan de nuestros labios, lleven a todos los rincones de la tierra la luz, el amor y la sanidad de Dios.

Al ponernos a trabajar juntos (el padre Gustavo y el padre Diego) en este libro, lo hicimos confiando en la promesa de Jesús: *“les aseguro que si dos de ustedes se unen en la tierra para pedir algo, mi Padre que está en el cielo se lo concederá”* (Mateo 18,19); por lo cual a medida que el libro iba tomando forma, nosotros fuimos intercediendo por las personas a cuyas manos habría de llegar. Y también, ahora le pedimos al Señor que te colme de sus gracias, a la vez que nos ponemos bajo la bendición de tu poderosa oración.

P. Gustavo y P. Diego



*“No es otra cosa oración mental,
sino tratar de amistad, estando
muchas veces tratando a solas con
quien sabemos nos ama”.*

Santa Teresa de Ávila



ORACIONES

1. Oración para consagrar cada día

*“Será como la luz de la aurora,
como la luz del sol en una mañana sin nubes,
que hace crecer la hierba después de la lluvia”.*

2Sam 23, 4

No hay nada mejor que habituarse a que los últimos pensamientos de cada noche, antes de dormir, sean para Dios; entonces le permitiremos al Señor que, durante el sueño de la noche, bendiga nuestra mente, liberándonos de toda presión y contaminación del día que termina, de manera tal de no trasladar al día siguiente las cargas negativas. Entendemos también como importante, que nuestros primeros pensamientos de la mañana, al despertar, se dirijan a Nuestro Creador y Señor; entonces le permitiremos que durante toda la jornada y en medio de las actividades, Él sea nuestro guía y nuestro protector, a la vez, transformamos en horas sagradas los pensamientos, palabras y obras cotidianas, permitiéndonos caminar en su paz y crecer en gloria para cuando llegue el momento de participar de la vida eterna.



Señor, hoy comienza un nuevo día
y quiero vivirlo junto a ti, en amistad contigo,
abierto a lo que tú me pidas
y atento para responder a tus inspiraciones.
Sé que este día es único e irrepetible,
al igual que cada día, hora, minuto
y segundo que tú me regalas,
por lo cual quiero vivirlo plenamente,
sin perder nada de lo que tú quieras darme,
hacer en mí o por mi intermedio,
en otras personas.

Por lo cual me dispongo a estar lo más atento
y disponible posible para ti y para mi prójimo.

En este momento te pido
que me concedas tu Espíritu Santo,
a fin de que todo lo que diga
y haga durante este día,
brote de ti como fuente de todo bien
y tienda a ti como bien eterno;
por lo cual te pido que con tu gracia,
me ayudes a rectificar y purificar mis intenciones
y motivaciones interiores.

Te entrego todos los deseos contradictorios
y luchas internas que en este día
pudiesen presentarse,
pidiendo los dones de sabiduría y paciencia,
y recordando con fe que, en ti, Dios poderoso,
encontraré la victoria sobre todas las tentaciones
y dificultades.

Te entrego todas mis actividades,
todo aquello que pueda parecerme
rutinario o agobiante,
a fin de descubrir el valor corredentor
y hacer aún las cosas más simples y ordinarias,
con un amor extraordinario, dirigiendo todo a ti,
como Rey y Señor de mi vida.
Ayúdame a distinguir lo esencial
de lo secundario y relativo,
a fin de no vivir corriendo detrás de cosas que
realmente no importan,
no duran, ni sacian el corazón
de modo duradero y auténtico.
Por esto es que te entrego mi corazón,
para que a lo largo de este día
lo colmes de tu Espíritu
y me ayudes a través
de los acontecimientos habituales
y de las relaciones interpersonales
a caminar hacia una mayor
madurez mental y espiritual.
Que todo lo que viva,
me ayude a poner un poco más cada día
mi vida en tus manos,
y en las manos de María, Reina de la paz,
a fin de que cada latido de mi corazón,
cada pensamiento de mi mente,
cada palabra de mis labios
y cada acción de mis manos,

sean un himno de alabanza que,
como aroma de suave incienso,
se levante hacia el cielo para toda la eternidad.

Que los ángeles y arcángeles,
y todos los santos del cielo
intercedan por mí y por mis intenciones
y me ayuden a caminar tras tus pasos.

Amén.

2. Oración de protección

“Protégeme, Dios mío, porque me refugio en ti”.

Salmo 16, 1

Son pocos los cristianos que, lamentablemente, comprenden en toda su dimensión lo que significa el combate espiritual que se desenvuelve alrededor de todo creyente. Y, a causa de este desconocimiento, no llegan a entender lo importante que es pedirles con frecuencia a Dios y a la Virgen María, que ellos sean nuestros protectores. Ninguno de nuestros días debería comenzar sin tres cosas: 1º) saludar al Espíritu Santo, 2º) consagrar la jornada a Dios y a la Virgen Santísima, y 3º) orar a Dios y a los ángeles pidiendo, para uno mismo, para la familia y para toda la Iglesia, la protección de Dios.



Abba, Padre Dios,
hoy te alabo, te bendigo y te doy gracias
por el infinito amor
con que proteges y cuidas de mi vida,
y de la vida de todas aquellas personas y bienes
que pongo bajo tu protección.

Tú eres mi Dios bendito,
cuyo poder es infinito; Dios de amor y de poder,
único Señor, Padre misericordioso,
colmado de amor y fidelidad hacia nosotros,
tus pequeños hijos.

Hoy alabo y bendigo a tu Divino Hijo Jesús,
a quien reconozco como
mi único Señor y Redentor;
a quien le pertenezco de manera total
desde el momento en que recibí
el sacramento del Bautismo.

Hoy bendigo la Preciosísima Sangre
de Nuestro Señor Jesucristo,
derramada para nuestra liberación,
salvación y protección.

Por medio de esta oración beso espiritualmente
sus preciosas llagas,
desde las cuales siguen brotando
manantiales de agua viva,
que me purifican y protegen.

Jesús, Jesús, Jesús,
tu nombre es poderoso y está sobre todo nombre,
ante él se dobla toda rodilla en el cielo,
en la tierra, y debajo de la tierra (Fil 2,10).

Por lo cual hoy alabo y glorifico
cada una de las letras
que forman tu Divino Nombre,
declarando que eres Rey y Protector de mi vida,
y de la vida de todos los que formamos
parte de tu Iglesia.

Espíritu Santo, te bendigo y te glorifico;
te reconozco como amigo
poderoso e inseparable,
y te consagro toda esta jornada,
para que todo sea en alabanza y gloria hacia ti.

Espíritu Paráclito,
que intercedes en mi defensa
con gemidos inefables,
ayúdame a lo largo de este día
a seguir tus inspiraciones
para no cometer errores,
y que en todo momento sea guiado y cuidado
con tu mano protectora.

Gracias Espíritu Santo
por todos los sacramentos, dones, carismas
y frutos que nos concedes.
Ayúdame a ser consciente del poder espiritual
que me concedes a través de ellos
y que con paciencia, amor y alegría
sea portador de tu amor, a todas las personas.